



El jabali
oculto en la selva
escuchaba atento lejanos rumores



el jabalí dentro de las redes, y hacía caza á los perros sin avanzar un paso hacia adelante, los cazadores se veían obligados á aceptar la lucha en aquel terreno, dando principio al combate.

Los prácticos en el arte de montar aconsejaban á los que se servían de la pica, cuidasen mucho que la fiera no los desarmara con un rápido movimiento de su forzuda y monstruosa cabeza; porque una vez indefenso el hombre, ó errado el golpe, el animal se precipita al momento sobre su antagonista. En situación tan crítica, no había más recurso que echarse al suelo poniendo el rostro boca abajo. El jabalí, á causa de la dirección de sus colmillos, no puede atacar al cazador colocado de tal suerte, al paso que le hería infaliblemente si se mantuviese de pie.

La intervención de los demás cazadores es entonces necesaria de todo punto, porque, si la res no puede herir ni enganchar al que está en tierra, en cambio se sube sobre él y lo patea con furia. Un hombre se acercaba al jabalí, pica en mano, para irritarlo fingiendo arrojar un venablo, pero sin efectuarlo, con objeto de no herir al tendido en el suelo. El animal abandonaba por lo común á este último, dirigiéndose al que le desafiaba; el otro entonces se levantaba de un salto, procurando hundirle el arma en la garganta entre los dos omoplatos, porque en trance de esta especie quedaría deshonrado á los ojos de los demás si no obtuviese la victoria sobre su enemigo.

Ya se comprende que en este género de caza las redes sirvieran para impedir que huya la res, circunscribiendo el campo de la pelea, trabándose el hombre y el jabalí, por lo general, en un espacio muy reducido.

También se le daba caza, llegada la época de los grandes calores, en campo abierto, y, por supuesto, con ayuda de la jauría, cuyo auxilio es eficazísimo en el estío, porque el jabalí pierde pronto el resuello y se rinde con facilidad. Este sistema costaba, sin embargo, la vida á muchos perros, y los cazadores corrían graves peligros. El animal, desesperado, se tira al agua ó se refugia en los matorrales y en los sitios escarpados, de donde se obstina en no salir. El cazador iba en su busca, y en un terreno no previsto y poco ventajoso se emprendía una lucha cuerpo á cuerpo, para la que se necesita siempre una bravura y una serenidad sin límites.

Dice Arriano que los cazadores dueños de buenos perros y de buenos caballos no deben servirse de redes, ni de lazos, ni de astucia, sino atacar abierta y noblemente. Este último espectáculo difiere mucho del que se emplean todos esos armadijos, todos esos

engaños, «que se asemejan,—añade,—á un hurto, á un acto de piratería, mientras que la otra caza es la imagen de la guerra franca y leal. Los cazadores astutos ¿no se parecen á los corsarios? Tienden sus redes secretamente, mientras los otros se presentan y combaten á juego descubierto.»

Los galos no cazaban jamás con redes, excepto los que especulaban con el producto de su trabajo.

Mucho gustaban los antiguos de perpetuar el recuerdo de sus hazañas cinegéticas, reproduciendo por medio de la pintura ó de la escultura las grandes cacerías y los episodios más salientes. En cuadros, en bajos relieves, en tapices, en vasos ó en platos de metal, dibujaba el arte los hechos célebres del noble ejercicio de la caza.

Son infinitos los jabalíes de bronce en todos tamaños que se encuentran en las colecciones públicas y privadas, habiéndose descubierto colmillos de este animal en el interior de varios sepulcros antiguos. El propietario, sin duda, habría sido cazador, y, siguiendo la costumbre de aquellas épocas remotas, enterraba con él los objetos que en vida le fueron más apreciados. Los tritenses esculpían en mármol, sobre la tumba de los cazadores, escenas cinegéticas que recordaban las aficiones del difunto, representando los hechos más notables de su vida venatoria.

Los reyes sasanidas fueron todos apasionados á la caza del jabalí; y los monumentos, los muebles y los objetos de su época están llenos de la imagen de aquella fiera y de lances ocurridos en las batidas á caballo que continuamente se le hacían.

Los romanos apreciaban mucho la carne del jabalí. En los tiempos de Catón el Viejo era ya tal la predilección que hacia ella mostraba el sibiritismo, que aquel censor implacable, en sus arengas contra el lujo de las comidas, criticaba agriamente á los que se hacían servir patas de jabalí. En aquella época se presentaba éste dividido en tres partes. Publio Servilio fué el primer romano que ofreció un jabalí entero á sus convidados en los suntuosos banquetes con que deslumbraba á sus contemporáneos.

¿Qué habría dicho Catón si hubiese vivido tres siglos más tarde y hubiera visto, no uno, sino cuatro jabalíes en cada comida, como asegura Plinio y afirma Juvenal cuando pinta en sus *Sátiras* la voracidad y el refinamiento de unos hombres que no pensaban más que en cazar jabalíes para comérselos enteros?

Indeciso acerca del punto más á propósito para pasar una temporada en el campo, preguntaba Horacio: «¿Dónde habra más liebres y más jabalíes?»

En la descripción de la célebre cena de Nasidieno figura un jabalí de Lucania rodeado de rábanos, de lechugas y de otras hortalizas propias para estimular la pereza de los estómagos relajados. Plinio el joven decía que para que una comida fuese completa era indispensable servir á la mesa la vulva de la jabalina.

Hé aquí un episodio del festín legendario de Trimalquión:

«Los criados cubrieron las mesas de magníficos manteles en que se veían bordados con primor los episodios y los atributos de la caza. De pronto se oyó un gran ruido afuera, y varios perros de Laconia, lanzán-



Trofeo venatorio

dose en la estancia, se pusieron á correr alrededor de la mesa. Detrás de ellos venía una inmensa bandeja de oro, soportando el peso de un jabalí. Tenía en la cabeza un gorro de liberto, y de sus colmillos pendían dos cestas llenas de dátiles. Jabatillos hechos de pasta cocida y dorada al horno rodeaban al animal en actitud de mamar, indicando así á los convidados que se les presentaba una jabalina. Un criado, vestido lujosamente de cazador, sacó el cuchillo de monte, abriendo en toda su extensión el vientre del animal, de cuyo in-

terior salió repentinamente una alegre bandada de tordos.»

¿Cabe mayor lujo en los accesorios, ni culto más ferviente á la carne del jabalí?

En el festín con que celebró sus bodas Carcano de Macedonia, sus esclavos presentaron en el tercer servicio varios jabalíes atravesados con venablos de plata y rodeados de franjas y flecos de oro. Los convidados eran veinte, y cada cual tuvo su jabalí correspondiente, con la autorización de hacerlo trasportar á su casa.

En las fiestas cinegéticas del anfiteatro desempeñaban estos animales un papel muy importante, y durante los magníficos festejos con que el emperador Probo obsequió á su pueblo se dió muerte á más de mil jabalíes dentro del circo plantado de árboles, y lleno tan artísticamente de malezas que ofrecía á los circunstantes el aspecto de un bosque maravilloso.

No es extraño, pues, que el jabalí sirviera de insignia á las legiones, y que el mundo entero, dominado por la soberbia Roma, participara de su entusiasmo por la caza del jabalí; ejercicio que, después del de la guerra, llegó á ser la ocupación constante de los hombres hasta la época del Renacimiento, en que las costumbres, no tan rudas como en los tiempos bárbaros, comenzaron á apartar poco á poco á los cazadores de las asperezas del monte para llevarlos á las llanuras, donde se deleitaban con la noble caza.

El halcón destronó al jabalí, retirándose éste humillado, pero sin duda más contento y tranquilo, al fondo de su guarida, después de un ojeo constante que había durado cerca de veinte siglos.

II

El solitario de los bosques, como ya se decía en los tiempos primitivos de Grecia; el arisco paquidermo que habita principalmente en los montes europeos, tipo selvático de donde procede el cerdo doméstico; ocupa, por sus hábitos y condiciones, un lugar tan preferente en la historia de la montería, que, antes de hablar de los sistemas de caza y de los episodios dramáticos que las más veces de ella se producen, vamos á



dar, por vía de exordio á próximos trabajos, algunas breves y condensadas noticias sobre este animal salvaje, que no ha sido nunca, ni será jamás, esclavo, amigo ó compañero del hombre.

El jabalí común no reside más que en las comarcas templadas de Europa y de Asia, habiendo desaparecido por completo de Inglaterra, donde se le persiguió hasta su total exterminio. El bosque es su palacio, su habitación el paraje más sombrío, y su cubil el pedazo de tierra más húmedo y más recóndito. Allí vive en otoño y en invierno, saliendo sólo por la noche de su misterioso escondite. En primavera y en verano se aproxima á cualquier hora á las tierras cultivadas, devastándolas de tal modo con sus terribles dentelladas, que poco tiempo hasta á enemigos tan temibles para destruir completamente una cosecha, convirtiéndose en yermo arruinado lo que antes era campo lleno de esperanzas y de frutos.

Si el aspecto exterior del jabalí es repulsivo y desagradable, lo mismo sucede con sus costumbres, tan rudas, tan ásperas como la piel de que está revestido. Su índole feroz, sus bruscos movimientos y su valor para bravear el peligro, hacen de él un adversario formidable, sobre todo desde tres á cinco años de edad, antes de que se le retuerzan y debiliten los colmillos.

El oído, la vista y el olfato del jabalí son tan exquisitos, que cuando los cazadores quieren sorprenderle lo esperan en silencio por la noche y cara al viento, porque la emanación más ligera la perciben á gran distancia, y cambian instantáneamente de ruta. Es un animal que no chilla, á menos de sentirse herido; pero sopla por la nariz con tal violencia, y arrasa con tal estrépito los jarales que encuentra á su paso, que se le oye venir desde una gran distancia.

CAPITULO XVII

MONTERÍA DE JABALÍES

I



Los días de caza no son días de cobra: así dice un antiguo adagio entre los cazadores veteranos; pero esto no es realmente una desgracia, pues muchas

veces acontecen otras más grandes, sobre todo cuando se cazan jabalíes. Buen testimonio de ello es una cacería á que asistimos en compañía de un ingeniero de montes, muy aficionado cazador; un ingeniero de minas que, según él decía, había errado la vocación; un médico muy alegre, y el señor cura de un pueblo. Además se contaban entre el número de caza-

dores algunos propietarios.

Á las nueve y media de la mañana llegamos al sitio donde debían situarse las escopetas. Allí nos aguardaba buen número de ojeadores, y las mejores recobas de la comarca habían dado su contingente para formar una jauría, que, si no en presencia, por las aptitudes de sus perros podía con ventaja disputar el premio á la mejor que pudiese presentar cualquier monarca.

Tomo III.—Casa mayor y menor

Allí mismo nos esperaban una galera y dos caballerías para el transporte de las reses.

Habría transcurrido más de una hora hasta que los ojeadores, seguidos de los perros, rompieron la marcha hacia las escopetas. Los cuernos de caza y las caracolas lanzaban al aire sus bélicos sonidos alternando con las voces de los perros. Apenas habrían transcurrido diez minutos cuando la jauría comenzó á latir, y en breve se sintieron los disparos en varias direcciones.

Por todas partes retumbaba en el bosque el sonido acompasado que producían la jauría, las voces de los ojeadores, el efecto de los disparos; que todo junto, repercutido por el monte hueco y llevado á las cumbres de la montaña, daba un aspecto imponente á los trances de la montería. Los perros latían, y sin embargo no se mueven: están dando de parada todos reconcentrados en un punto; señal fija de que se hallan en presencia de algún robusto jabalí. Todos los asistentes sentían la *fiebre de cañón*; á todos parecía querérseles salir el corazón de su estrecho recinto. El grandioso y armonioso concierto de los perros fué interrumpido por las voces de un perrero que gritaba: —¡Muerto, muerto! ¡Fuera perro!— Este perrero había acudido á los canes que latían de parada, viendo á un jabalí á quien dos alanos habían hecho presa de las orejas y otros le